

MANOLETE

De Manolete puede decirse lo mismo que de Pastora, pues su genio tampoco parecía residir en lo que hacía, sino sencillamente en lo que era. Por eso el *técnico razonante* salía muchas veces de la plaza en donde acababa de torear Manolete un tanto desilusionado, o mejor, un tanto insatisfecho; sin duda, cuando esperaba ver *algo* (al técnico razonante, es decir, al *entendido* sólo le interesa el cuerpo, la corporeidad de *la obra*), no se le servía apenas nada, y se le mostraba, en cambio, un ser, un *alguien* nada más. Lo que hacía Manolete en el ruedo no creo que fuese muy distinto de lo que habían hecho otros o hacen otros, pero lo hacía en ese momento, él, y *aquello* quedaba hecho carne; lo que hasta entonces había sido un acto, una acción pura, una *hazaña*, ahora lograba ser una *presencia*. No creo que Manolete le haya dado nada al arte del toreo, sino tan sólo prestado; le prestó su ser -que era, claro, excepcional-, le prestó su persona única para que el toreo, el arte del toreo, la *luciese*.

En Belmonte también habíamos visto una gran personalidad, pero la gran personalidad de Belmonte quedó incrustada, fundida al toreo mismo; con lo que Belmonte hacía en la plaza el arte del toreo quedó fecundado, enriquecido. La personalidad de Manolete, en cambio, no actuaba *dentro* del arte, sino fuera, sin duda al lado mismo, pero fuera, o mejor, la personalidad de Manolete *estaba*, no *actuaba* nunca. Esa era su aristocracia, no actuar, no hacer, o sea, restarle, quitarle acción a lo que hacía, a lo que no tenía más remedio que hacer para no quedar inmóvil, porque quedarse inmóvil -como Don Tancredo- hubiera sido una explotación plebeya, presuntuosa, de su aristocracia. Manolete no podía ser un Don Tancredo (Don Tancredo era lo contrario de una persona, de un ser, puesto que era una estatua; Y era estatua, había escogido ser estatua, al saberse y sentirse *nadie*), porque la inacción de Manolete estaba llena de vida, de espíritu, es decir, llena de *persona*.

Manolete y Pastora no son, en ese sentido, figuras únicas, pues todo el arte español parece aspirar a eso: a no hacerse, a *valer* -eso sí- sin necesidad de hacerse. Eso es, quizá, lo que ha dado a la mayoría de nuestras obras de creación esa existencia tan desordenada, tan defectuosa, ya que son obras nacidas más bien a disgusto, nacidas sin querer, en una palabra: mal nacidas; y eso mismo es lo que ha ocasionado en el extranjero una incomprensión tan grande de todo lo español. El arte español aspira a no hacerse, no por pereza, sino por soberbia. Manolete no es que no torease, pero lo que toreaba, lo que se *rebajaba* a torear no era, claro, lo que más valía en él (de ahí las tontas ilusiones que podían hacerse los toreros que, alternando con Manolete, llegaban a igualarle, o incluso a veces, a superarle; no comprendían que aquello que habían realizado de igual manera, no valiese, sin embargo, lo mismo), y lo toreado por él quedaba siempre allí, en el suelo de la plaza, un tanto inútil, cumplido, y vacío de su resplandor, porque su resplandor se había independizado ya de los hechos y, levantándose como un alma, empezaba a vivir su valor fijo, milagroso.

México, 1952